

A watercolor illustration of a misty mountain landscape. The scene is dominated by soft, ethereal tones of white, grey, and pale blue. In the foreground, several evergreen trees of varying heights and shades of green and blue are scattered across a snow-covered slope. The middle ground shows rolling hills and ridges, with more trees silhouetted against a thick layer of mist or low clouds. The background features more distant, hazy mountain peaks. The overall mood is quiet and atmospheric, capturing a sense of a cold, snowy day.

Julio Llamazares
**MEMORIA
DE LA NIEVE**

Ilustraciones de
Adolfo Serra

Nørdicalibros

MEMORIA DE LA NIEVE

JULIO LLAMAZARES

Ilustraciones de Adolfo Serra



© Julio Llamazares, 1982
© De las ilustraciones: Adolfo Serra
Edición en ebook: abril de 2019

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-48-0

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis padres:
la memoria, la nieve*

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Querido lector: el libro que acabas de abrir se publicó por primera vez en 1982 por el Consejo General de Castilla y León, institución convocante de un premio de poesía, el Jorge Guillén, de cuya cuarta edición fue declarado ganador por un jurado integrado por Antonio L. Bouza, José Manuel Caballero Bonald, Fernando Celada, Jesús Munárriz y Carlos Sahagún. Tres años más tarde, en 1985, sería reeditado por Ediciones Hiperión en un volumen conjunto con *La lentitud de los bueyes*, mi primer libro de poesía, y con *Memoria de la nieve*, los dos poemarios que como tales he publicado hasta el día de hoy. Por fin, en 2009, la editorial Hiperión, que durante todo ese tiempo siguió reimprimiendo el libro, decidió ampliar el contenido de este incluyendo algunos poemas anteriores y posteriores a *La lentitud de los bueyes* y *Memoria de la nieve* y dándole un carácter de obra completa con el título de *Versos y ortigas (Poesía 1973-2008)*, que es la edición que hoy está vigente.

El empeño de la editorial Nórdica (que al parecer responde a un viejo deseo de su fundador y dueño) por tener en su catálogo una edición ilustrada de *Memoria de la nieve* es la razón de que ahora se reedite en solitario sin la compañía de *La lentitud de los bueyes* y fuera del sello Hiperión, pese a que continúe al alcance de los lectores en la edición conjunta de esta editorial. Para mí es una satisfacción, más allá de la que me produce como poeta saber que mi poesía sigue interesando a alguien después de tantos años sin escribir un poema, volver a publicar en una editorial que se distingue por el cuidado de sus ediciones y por las ilustraciones con que acostumbra a enriquecerlas y embellecerlas después de mi *Atlas de la España imaginaria*, de 2015. Las que firma en esta ocasión Adolfo Serra son una prueba de lo que digo.

Solo me queda desearte que disfrutes de estos poemas que escribí recién llegado a Madrid hace treinta y ocho años pero de los que no cambiaría una

coma si los volviera a escribir en este momento.

JULIO LLAMAZARES



«Todos los montañeses son sobrios, beben agua. Duermen en el suelo y llevan el pelo largo como las mujeres, atándoselo en la frente con una cinta para el combate. Comen generalmente carne de macho cabrío y sacrifican a Ares uno de ellos, y también caballos. Realizan hecatombes de cada especie al modo griego, tal como dice Píndaro: «de todo sacrifican en número de cien». Hacen competiciones gimnásticas, militares y de carreras de caballos, con pugilatos y combates, tanto de guerrillas como en formación por manípulos. Los montañeses se alimentan de bellotas la mitad del año, secándolas y triturándolas. Después las muelen y fabrican pan con la masa para conservarla largo tiempo. También beben cerveza. El vino, en cambio, escasea y, cuando lo consiguen, lo consumen al punto en fiestas familiares. En lugar de aceite, usan manteca. Comen sentados en poyos contruidos en torno a las paredes, guardándose sitios de acuerdo con la honra y posición social. Las comidas se sirven en círculo y, mientras beben, bailan en corros al son de flautas y trompetas, saltando y poniéndose en cuclillas. Todos visten generalmente sayos negros, con los que también se acuestan sobre camas de paja. Utilizan vasos de madera, como los celtas. Las mujeres usan enaguas y vestidos bordados de flores (...).

»Así es la vida de estos montañeses, que, como dije, son los que habitan en el lado septentrional de Iberia...».

STRABON, *Geographika*, III, 3, 7.



1

 Mi memoria es la memoria de la nieve. Mi corazón está blanco como un campo de urces.

 En labios amarillos la negación florece. Pero existe un nogal donde habita el invierno.

 Un lejano nogal, doblado sobre el agua, a donde acuden a morir los guerreros más viejos.

 En un mismo exterior se deshacen los días y la desolación corroe los signos del suicidio:

 globos entre las ramas del silencio y un animal sin nombre que se espesa en mi rostro.

2

No existe otra espiral que el bramido del tiempo.

Amasar la memoria es bondad de alfareros, lentitud de veranos en fabulación.

Las grosellas derraman granates en la nieve y los silencios más antiguos en humo y humildad se desvanecen.

¿Dónde encontrar ahora el amargor del muérdago y el agua?

¿Dónde la ocultación de las leyendas y los bardos?







3

Este es un paisaje de miradas de nata y tejados helados. Es un paisaje helado e indestructible.

Los niños muertos juegan junto al molino con cuévanos vacíos y varas de avellano.

Coronan de laurel y de nieve sus cabezas mientras, tras los marzales, aúllan a la luna, dolor del amarillo.

¡Dolor del amarillo! Hay en la noche cánticos sagrados y láminas de plata y hogueras rumorosas como lenguas de escarcha.

Como si todo fuera igual. Como si no hubieran pasado tantos años.

4

País de las abejas, donde derrama el sol su sangre por lánguidas riberas.

País de las abejas, más allá del lugar que brota en avellanos y en círculos de barro.

Un dolor atraviesa tus campos amarillos: espiral de la muerte, memoria de la nieve, remansada quietud de los helados estanques del invierno.

Bajo la bóveda perfecta de la tarde, arden sustancias indestructibles, bosques y animales, interminablemente.

Es el sonido blanco de los avellanos, la belleza crecida de la desposesión.

Y el silencio extendido como sangre sobre las lánguidas riberas del país de las abejas.







5

Hace ya mucho tiempo que camino hacia el norte, entre zarzas quemadas y pájaros de nieve.

Hace ya mucho tiempo que camino hacia el norte como un viajero gris perdido entre la niebla.

Una verdad cifrada dejé atrás: el humo denso y obsequioso de los brezos y la alegría de mis padres en el anochecer.

En el camino del norte, sin embargo, solo mendigos locos me acompañan.

Duermo bajo sus capas en las noches de invierno.

Les digo este relato para ahuyentar el frío.

6

Posos de soledad y mandiles de moras: composiciones grises como en aquellos trenes que nos llevaban hacia el norte.

Qué lejos brota esta pasión que nadie nombra, esta grama encendida en llamaradas de granate y miel amarga.

Qué lejos ya los bravos pechos doloridos de las muchachas que alzaron sobre el sueño la sed de nuestros cántaros.

La noche nos golpea con su aluvión de arándanos y estrellas.

La noche nos golpea y caminamos hacia el país de las leyendas olvidadas y los árboles de hielo.

7

El río traía a veces zapatos de mujeres entre las hojas tiernas y los troncos muertos.

Pero nosotros cruzábamos los puentes con canciones y pañuelos de azafrán.

Y, en el verano, colgábamos pendientes de cerezas en las orejas de la amada.

Más allá, en su memoria, los ciervos se incendiaban como flechas de sangre:

veloces en sus ojos azules y lejanos; rojos en sus cabellos heridos por la bruma.





8

En estos prados grises, de avellanos sagrados y lunas pedernales, más de una vez alzamos nuestras tiendas y brindamos con malta de pastores.

Es extraño encontrarme ahora aquí, por breve tiempo junto a los proscritos.

Lejos escucho las voces laborables, el bramido animal de una antigua excursión de montería:

luna obsequiosa con quien nunca la ha amado.

Luna obsequiosa, pedernal y malta. Extraño estoy bajo tu rama helada.

Por breve tiempo junto a los proscritos.

9

De nuevo llega el mes de las avellanas y el silencio.

Otra vez se alargan las sombras de las torres, la plenitud azul del huerto familiar.

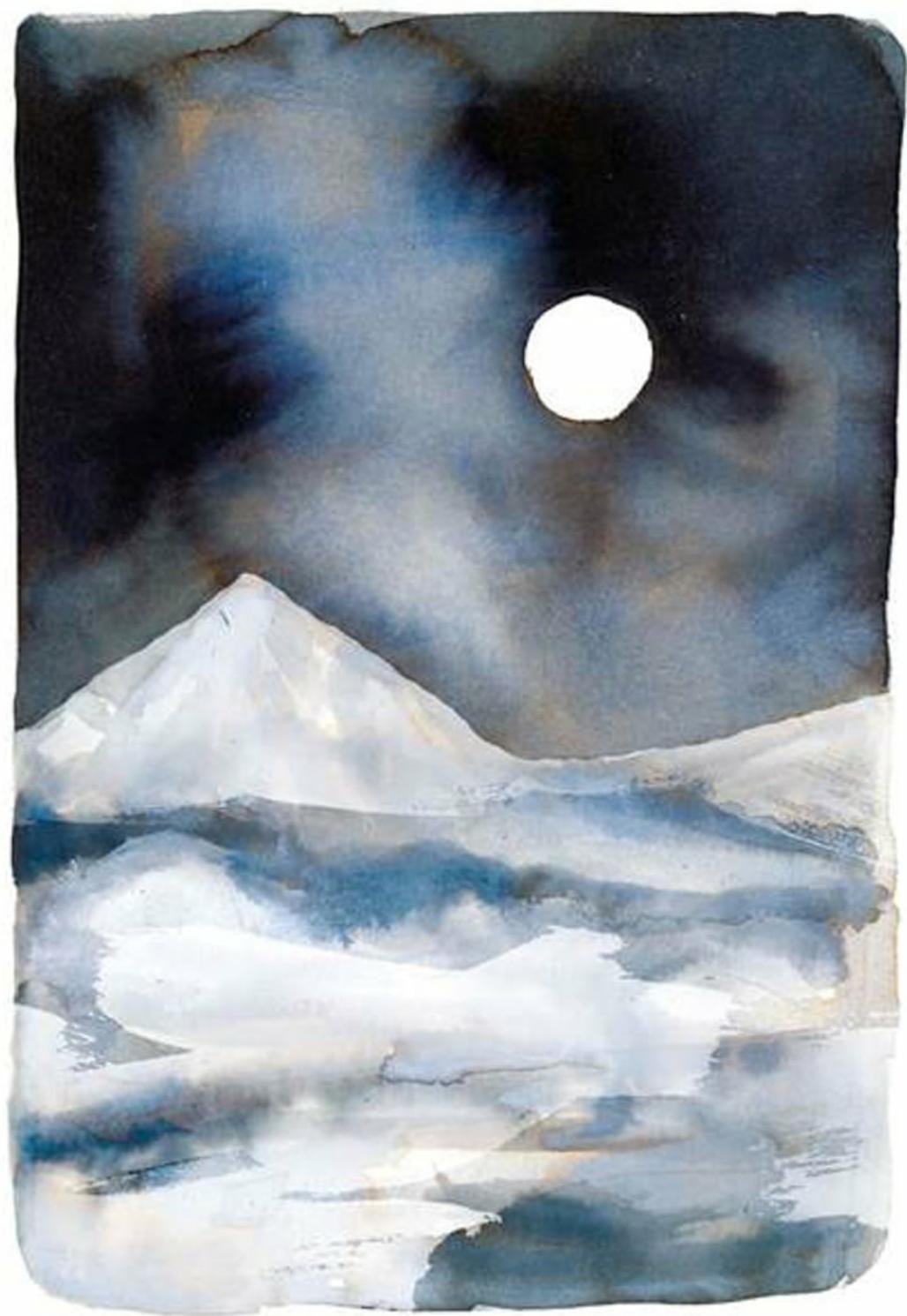
Y en la noche se escucha el grito desolado de las frutas silvestres.

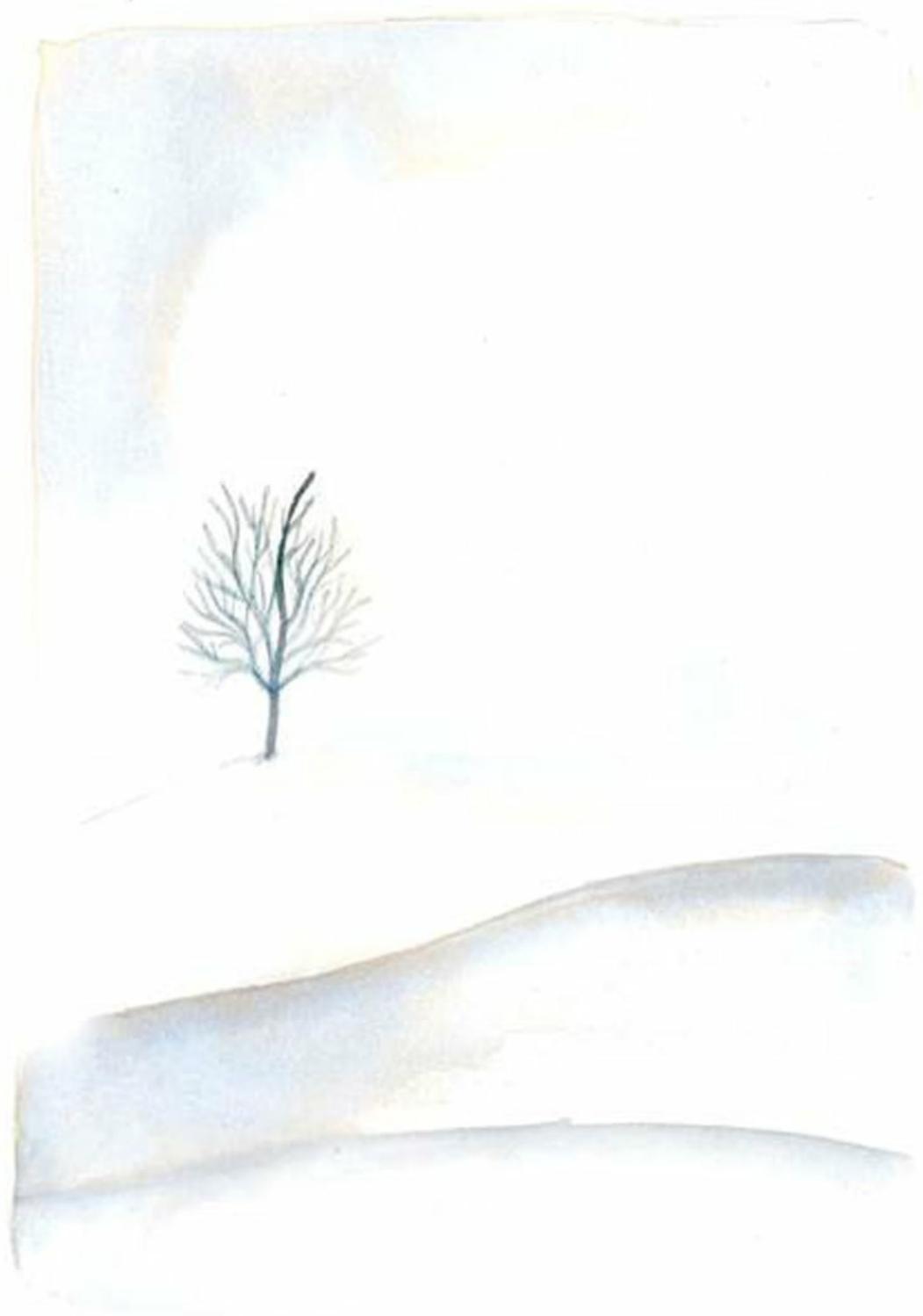
Sé muy bien que este es el mes de la desesperanza.

Sé muy bien que, tras los mimbres lánguidos del río, acecha un animal de nieve.

Pero era en este mes cuando buscábamos orégano y genciana, flores moradas para aliviar las piernas abrasadas de las madres.

Y recibo el recuerdo como una lenta lluvia de avellanas y silencio.





10

Todo lo aprendí de quien nunca fue amado: la nieve y el silencio y el grito de los bosques cuando muere el verano.

O aquella canción celta que Kerstin me cantaba:

¿Quién puede navegar sin velas? ¿Quién puede remar sin remos? ¿Quién puede despedirse de su amor sin llorar?

Pero ahora ya la nieve sustenta mi memoria. Y el silencio se espesa tras los bosques doloridos y profundos del invierno.

Por eso puedo navegar sin velas. Por eso puedo remar sin remos.

Por eso puedo despedirme de mi amor sin llorar.



11

En algún tiempo hubo dioses que dirigían entre la niebla las flechas de los jóvenes guerreros y derramaban sustancias astrales sobre los labios de los moribundos.

Para cada animal distribuían pasto diferente junto a los caminos. A cada río le otorgaban un sonido distinto.

Y eran altivos en su fugacidad y esbeltos entre las manos de los orfebres.

En algún tiempo los hombres conocían a sus dioses y les sacrificaban sus animales más fieles y sus cosechas más granadas y amarillas.

En algún tiempo hubo un dios por cada hombre sobre la tierra.

12

En llamas va la leyenda creciendo, en la espiral del humo y las uvas de hierro.

Los ojos de la anciana son blancos como nieve: cien años hace ya que no nos mira.

Solo por no olvidar el viejo río de los muertos.

Solo por no olvidar su cuajada esperanza.

Solo por no olvidar las lánguidas riberas del país de las abejas.

Solo por no olvidar, cien años hace ya que no nos mira.





13

Los bardos llegaban con el verano. Por los verdes caminos vagaban de aldea en aldea.

Y siempre había algún anciano que decía: «Vienen del país de la nieve, del país de los bosques y los lagos helados».

Y les agasajaban con manteca y arándanos maduros.

Pero los bardos jamás se detenían más de un día en cada aldea.

Al amanecer, seguían su camino. Los niños les llamábamos llorando inútilmente.



14

Desde esta misma roca contemplaron la doma de los potros que habrían de montar en el combate.

Junto a este mismo río levantaron sus cabañas, derramaron sus rebaños y leyendas y bebieron el profundo licor de las grosellas.

Y, en noches de luna llena como esta, cortaron con sus hoces sagradas plantas de muérdago para ofrendar al dios de las montañas.

Todavía se escucha, cuando nieva en la noche, el eco de sus flautas y cítaras perdidas.

Todavía se escucha, cuando nieva en la noche, el rumor de sus gritos guerreros.

Pero de nuevo brilla el sol, se deshace la nieve y el dios de las montañas queda solo.

Solo y lejano como mi corazón ahora. Como mi corazón ahora.

15

Rojo es el vino sobre los brezos, derramado en la tarde por arrieros sin nombre. (Sus sombreros de fieltro entre los abedules).

Rojo es el silencio de los bardos errantes y el color de las túnicas de los viejos guerreros.

No me preguntes. ¡Ah, no me preguntes!

También tu cuerpo es rojo en las dunas del tiempo.

También tu cuerpo es rojo —como vino o deseo— cuando, sobre los brezos, te derramas y extiendes y gritas dulcemente.









16

Al atardecer, se oye el grito de las urces negras.

Crujen en las paneras los pasos invernales: dolor de soledad oculto en los arcones.

Pardas figuras llegan desde los huertos con haces de silencio apretados bajo el brazo.

Y los vencejos trazan la urdimbre de su vuelo intemporal sobre la torre.

17

Aquí, la muerte es amarilla como el sabor del pan.

Yo la he visto rondar los braseros donde hierbas antiguas ahuyentan el miedo.

Y he escuchado su grito de nieve entre los tallos tiernos de las enredaderas.

Nunca bastaron las lenguas de aceite para alejar el frío de las habitaciones.

Jamás fue suficiente la vigilia del fuego, ni la zozobra de las bestias en las cuadras hinchadas por el heno.

La muerte llegó siempre con helada añoranza y, al amanecer, en el asombro de los perros podía recordársela.

18

Entre sebes de espinos, caminan los viajeros.

Entre sebes de espinos y jirones de niebla.

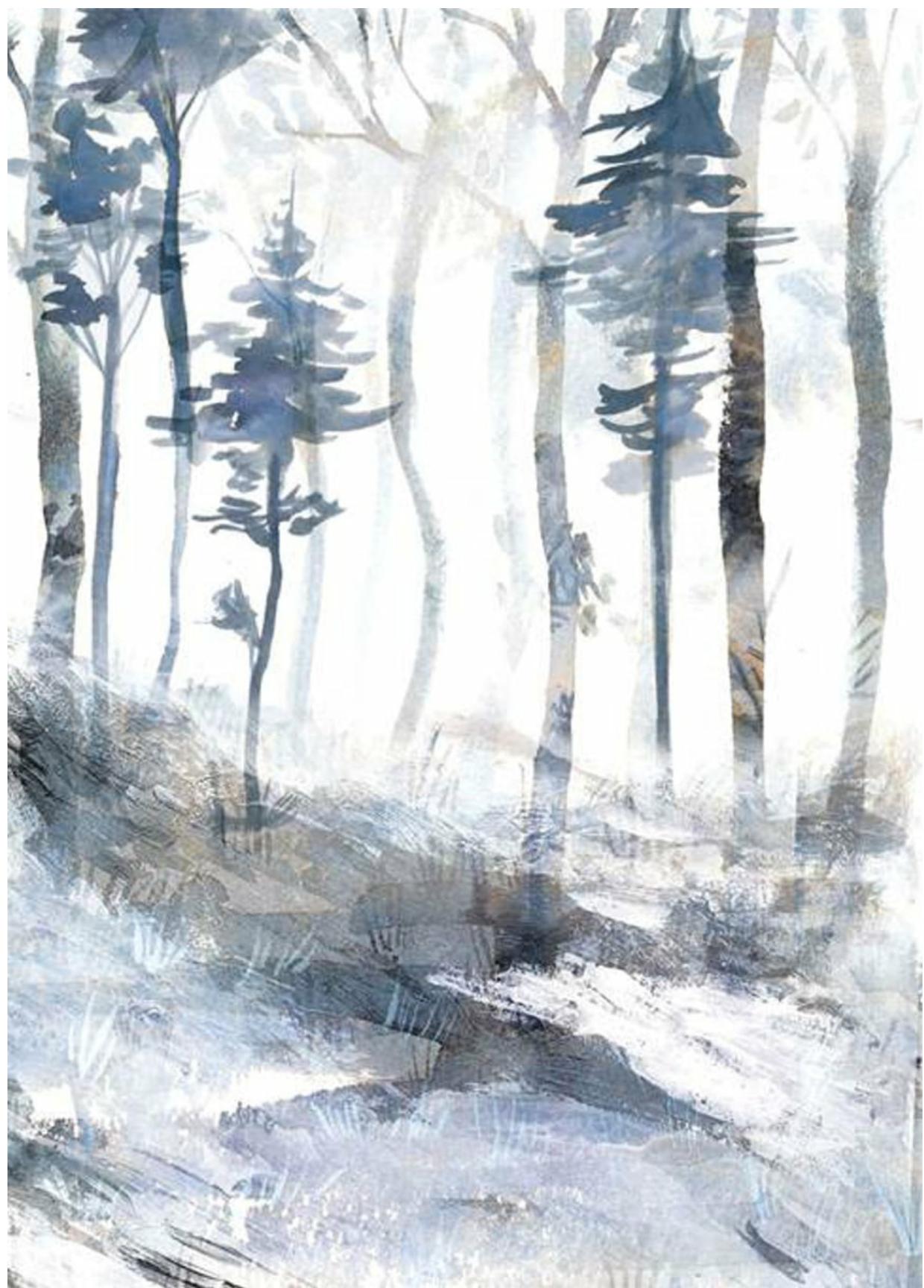
La mañana de invierno se extiende hacia el oeste: grises inmóviles o cuadernos de hule.

Acaso gritos rotos y sonidos de caza en el helado corazón del bosque.

Ningún viajero se detendrá esta noche en las montañas. Las tinajas oscuras guardarán su secreto.

No correrá el vino rojo, de mano en mano, como en otro tiempo.

En la posada del monte, dormirá esta noche solo un hombre muerto.







19

Negra lluvia atraviesa la noche. Pesadamente avanzan las carretas por los campos.

Así es la negación en mi memoria: como una lluvia negra.

Como un alud de rocas arrastradas por el agua.

Negra lluvia atraviesa mis ojos. Las carretas se atollan en el fango del tiempo.

Oigo los gritos de los contrabandistas azuzando a las bestias, el crujido del freno en las ruedas hundidas.

Recordaré esta noche aunque nunca regresen.





20

Toda la noche ladraron los mastines. Bajo la densa niebla, ladraron tristemente.

Ahora ya amanece en la braña nevada.

Toda la noche deambulé por los desvanes húmedos de helechos, por las paneras olorosas a grano abandonado, a soledad.

Busqué en las viejas arcas el idioma del hilo. Penetré en su memoria como el silencio en las sustancias corrompidas.

Y no pude soportar el bramido del tiempo.

Ahora ya amanece en la braña nevada. Ahora ya amanece.

21

Inútil es volver a los lugares olvidados y perdidos, a los paisajes y símbolos sin dueño.

No hay allí ya liturgias milenarias. Ni aceite fermentado en ánforas de barro.

Los ancianos han muerto. Los animales vagan bajo la lluvia negra.

No hay allí ya sino la lenta elipsis del río de los muertos, la mansedumbre helada del muérdago cortado, de los paisajes abrasados por el tiempo.





22

La nieve está en mi corazón como el silencio en las habitaciones de los balnearios: densa y profunda, indestructible.

La nieve está en mi corazón como la hiedra de la muerte en las habitaciones donde nacimos.

Y el tiempo huye de mí con un crujido dulce de zarzales.

Nieva implacablemente sobre los páramos de mi memoria. Es ya de noche entre los blancos cercados.

Cuando amanezca, será ya siempre invierno.



23

A fines de setiembre, comienza la ceremonia del acercamiento de los cuerpos.

Con un ramo de trigo invocamos a los dioses. Todo está ya dispuesto según la costumbre.

Las muchachas que beben licores azules llegarán con racimos de uvas en sus manos, con racimos de brasas en sus bocas.

Como frutos de nieve y de silencio llegarán.

Y traerán, como el invierno, tristeza a los corazones.

Para entonces, ¿quién estará? Para entonces, ¿quién estará?

24

He aquí la tumba del guerrero sin nombre, bajo el tojo amarillo y el silvestre rosal.

He aquí las flechas grises que portara, inclinadas al borde de la tumba olvidada.

Alguna vez silbaron como cierzo en la noche.

Alguna vez supieron del sabor del carcaj.

Hoy solo son metal, musgo y olvido. Sol que se desvanece bajo el hielo.





25

Adoraron al sol, sacrificándole las yeguas más fecundas en fiestas solsticiales.

Y el sol pintó sus frutos de granates y les dio a sus cabellos el brillo del centeno.

Dieron culto a las diosas melancólicas del agua, arrojando a los ríos raíces de beleño y plumas de urogallo.

Y el agua llenó sus tierras de verdura, de bosques obsequiosos y solemnes.

Bajo la luna llena, en torno a las hogueras, danzaron elevando sus flautas y sus brazos hacia el cielo.

Y la luna otorgó a sus canciones el sonido sagrado de la plata.

Ofrecieron al dios de las montañas ramas de acebo y angustia de campanas.

Pero la nieve siguió cayendo mansamente y sepultó su memoria para siempre.



26

Invierno. Invierno antiguo y lento. Narración mitológica de zarzas y de esquilas.

Lenguaje helado y gris que solo yo conozco.

Hay lábanas de nieve en los corrales derruidos, desolación en los mandiles de las madres, espirales de miedo en las gargantas de los gallos.

Y, sobre el agua remansada del molino, corruptas flotan las flores doloridas de la infancia.

Invierno. Invierno antiguo y lento. Quien camina hacia ti lo hace ya sin tristeza.

Solo busca la fruta enrojecida del arándano y el viejo y agrio don de la misericordia.

27

Tristes caminan hoy los cazadores por la espesura.

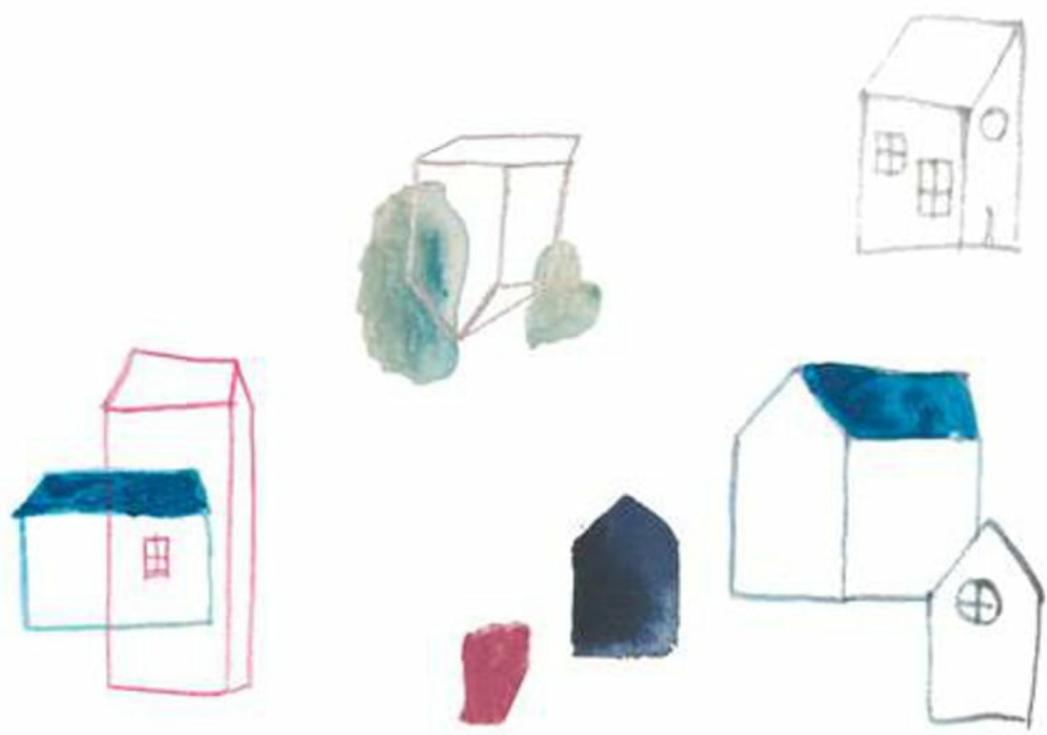
Tristes son, a su lado, los ojos de los perros: sus hocicos helados por el agua de luna.

No escuchan ya el gemido negro de las moras —la muerte entre sus tallos—, ni el crujido creciente de la escarcha.

La lentitud se alza sobre las ramas de los robles como una nube blanca.

Triste es este lugar donde, antaño, pastara el corazón del cazador primero.





28

Alguna vez oí decir que regresaron, después de muchos años, y hallaron sus cabañas derruidas por el viento del norte y el sol negro.

No había frutos ni fuego. Ni animales pastando mansamente en los cercados.

La negación se había extendido a las paneras y a los huertos como un alud de barro.

Y entonces —dicen— clavaron en la niebla sus flechas y sus arcos, arrojaron al río sus cítaras sagradas y, sin mirar atrás, volvieron grupas rumbo a la memoria.

29

Y, ahora, el agua de noria, la lenta herrumbre negra de la plata enterrada y el invierno sin luz.

La sangre amanecida de los racimos rotos cerca del humo.

Si el nogal, junto al agua, se secase finalmente; si el cierzo no atravesara, de madrugada, mi corazón, tal vez podría aún regresar a su encuentro.

Tal vez podría aún agasajarles con frutas y metales.

Pero la nieve ya ha sepultado todos los puentes.

Pero la nieve ya ha sepultado todos los puentes.

Y, ahora, el agua de noria nutre el olvido, la lenta herrumbre negra de la plata enterrada y el invierno sin luz.







30

¿Qué espero aún de la espiral del tiempo, de esos cuernos epílogos que suenan en los bosques?

¿Quién atardece junto a mi corazón helado?

Por el paisaje gris de mi memoria, cruzan arrieros sin retorno, pastores y alfareros olvidados, bardos ahogados en el miedo lacustre de sus propias leyendas.

Solo estoy, en esta noche última, coronado de cierzo y flores muertas.

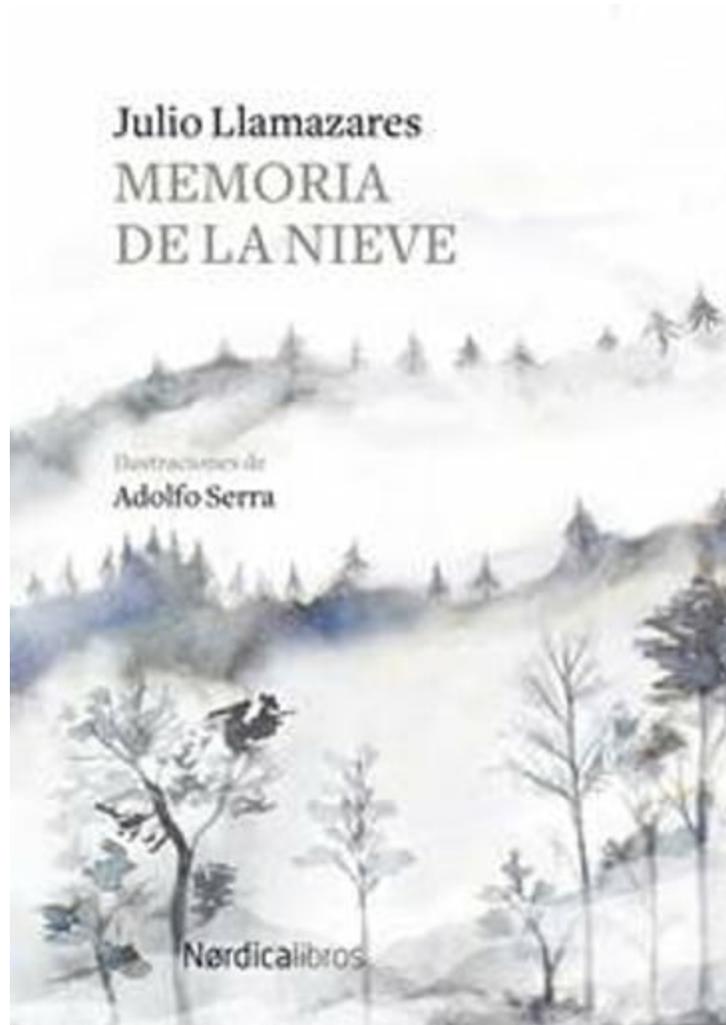
Solo estoy, en esta noche última, como un toro de nieve que brama a las estrellas.







MEMORIA DE LA NIEVE



«Son símbolos de mi biografía: la nieve, los bueyes, las montañas, etcétera. Otros tendrían el mar, los cañaverales, el sol, como paisaje de su historia. Pero la mía es ésta, de esta simbología parte lo que digo, y surge lo mismo en prosa que en poesía. Ese título, *Memoria de la nieve*, resume muy bien no solo la poesía sino toda mi obra. Creo, además, que es una redundancia: la memoria es como la nieve, escribes sobre ella, y mientras escribes se va derritiendo. Es como si siempre escribiera sobre la nieve, no

sobre el papel».

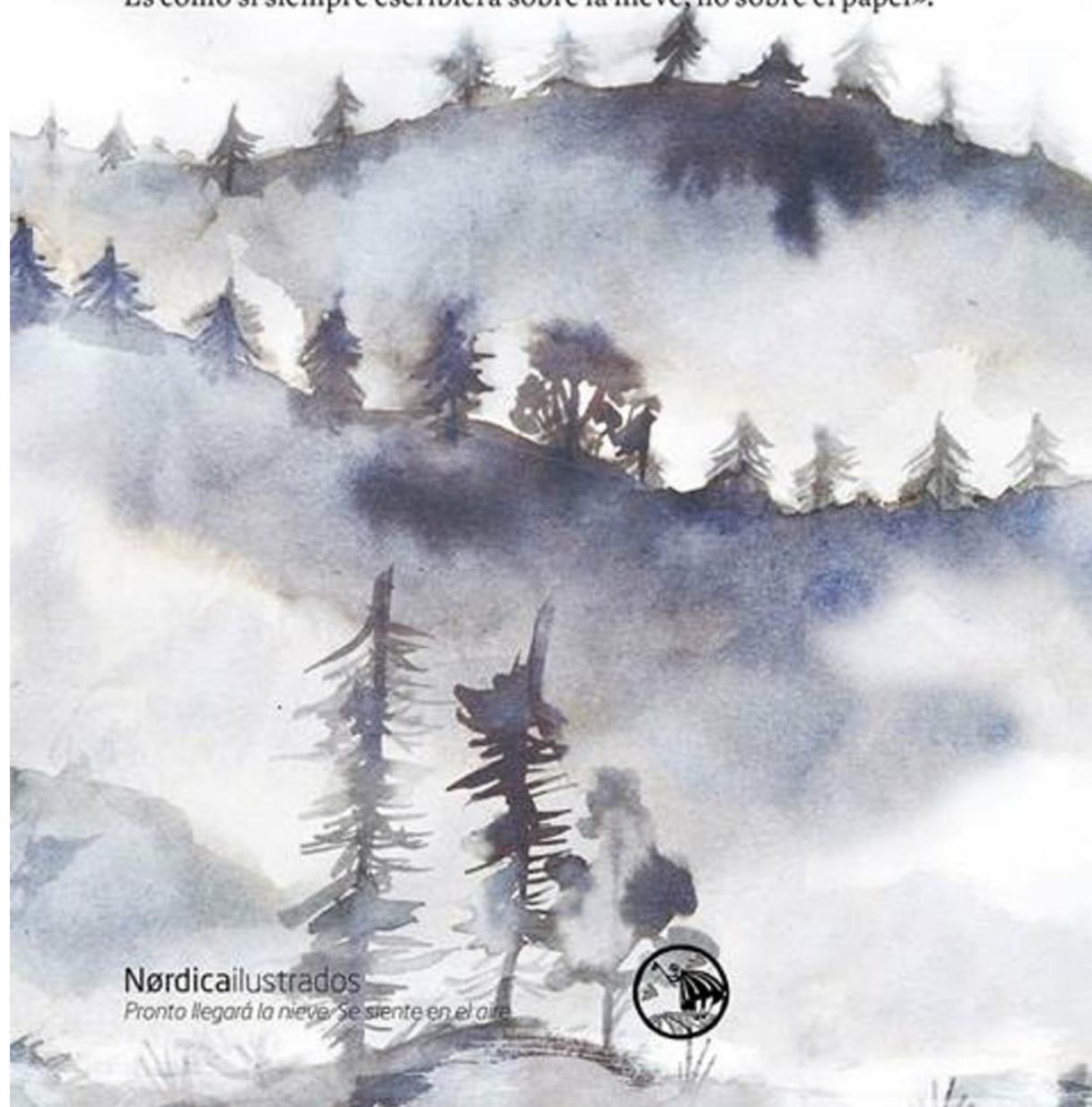
JULIO LLAMAZARES
(Vegamián, León, 1955).

Poeta, ensayista y narrador español, ha cultivado la literatura de viajes, la crónica de prensa y el guión cinematográfico. Con el paso de los años ha conseguido madurar una brillante y atractiva personalidad literaria basada en la calidad poética de su estilo. Nació en Vegamián, un pueblecito de la montaña de León desaparecido bajo las aguas de un embalse, y estudió Derecho antes de instalarse en Madrid, ciudad a la que se trasladó para dedicarse al periodismo. Se dio a conocer como poeta con *La lentitud de los bueyes* (1979).

ADOLFO SERRA
(Teruel, 1980).

Estudió Publicidad y Relaciones Públicas, pero pronto volvió a su pasión de la infancia: dibujar, retomando los lápices y las acuarelas en la Escuela de Arte 10 de Madrid. Desde entonces su mesa se ha llenado de colores, papeles y texturas. Se considera explorador de hojas en blanco. Le gusta experimentar, jugar y sobre todo contar. En *Nórdica* ha publicado sus ilustraciones en *El paraíso de los gatos* y otros cuentos gatunos y en *Infieles y adulterados*.

«Son símbolos de mi biografía: la nieve, los bueyes, las montañas, etcétera. Otros tendrían el mar, los cañaverales, el sol, como paisaje de su historia. Pero la mía es esta, de esta simbología parte lo que digo, y surge lo mismo en prosa que en poesía. Ese título, *Memoria de la nieve*, resume muy bien no solo la poesía sino toda mi obra. Creo, además, que es una redundancia: la memoria es como la nieve, escribes sobre ella, y mientras escribes se va derritiendo. Es como si siempre escribiera sobre la nieve, no sobre el papel».



Nórdicailustrados
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.

